

Dedicación de la Basílica de Letrán



9 de noviembre de 2024

1Cor 3, 9-11.16-17

Sal 45

Jn 2, 13-22

P. Eduardo Suanzes, msp

La Basílica de Letrán data del siglo IV es la más antigua del mundo y es la catedral de la diócesis de Roma. Durante mil años (hasta el siglo XIV) fue la residencia de los Papas y ahí se celebraron cinco Concilios. Así que es de gran importancia para el mundo cristiano. Según una tradición tal día como hoy se consagró esta Basílica construida por el emperador Constantino en el Laterano de Roma¹.

Con ocasión de este aniversario la Liturgia nos propone dos lecturas que tienen un mismo hilo conductor: el templo. La Primera se corresponde con la visión de Ezequiel, en la que del templo mana el agua, símbolo del Espíritu que hace revivir hasta lo más muerto de por donde pasa; el Evangelio de Juan nos habla del Templo de Jerusalén como casa de Dios.

El templo de Jerusalén era, en principio², el lugar de la presencia de Dios, y allí se celebraban el culto y las fiestas. Era al mismo tiempo la sede del poder religioso y político, donde se reunía el Gran Consejo (Sanedrín), órgano supremo de poder en la sociedad judía. El culto desplegaba aquí sus ceremonias sobre todo en las fiestas. En el evangelio de Juan se mencionan seis fiestas, y cada una provoca un conflicto entre Jesús y «los judíos», es decir, los dirigentes o partidarios del régimen.

Como buen judío, Jesús desarrolló su vida espiritual en torno al templo; pero su fidelidad a Dios le hizo comprender que lo que allí se cocía no era lo que Dios esperaba. Recordemos que cuando se escribió este evangelio³, ni existía ya el templo ni la casta sacerdotal tenía ninguna influencia en el judaísmo. Pero el cristianismo corría el peligro de convertirse en una religión que imitaba la manera de los judíos de dar culto a Dios.

En el Templo se vendían bueyes ovejas y palomas, que eran la base de los sacrificios. Los animales vendidos estaban controlados por los sacerdotes; así se garantizaba que cumplían todos los requisitos de pureza legal. Según la estructura que se había montado alrededor del culto, también eran imprescindibles los cambistas, porque al templo solo podía recibir dinero puro, es decir, acuñado por el templo. En la fiesta de Pascua, llegaban a Jerusalén israelitas de todo el mundo, a la hora de hacer la ofrenda no tenían más remedio que cambiar su dinero romano o griego por el del templo. En fin, toda una estructura paralela, muy necesaria, eso sí, para que un judío pudiera realizar su deber con el Templo. Pero lo

¹ La zona recibió su nombre de los propietarios originales, la familia romana de los Plauzi Laterani, que tenían aquí un gran palacio en tiempos de Nerón.

² JUAN MATEOS Y JUAN BARRETO. *El Evangelio de Juan. Análisis lingüístico y comentario exegético*. Ed. Cristiandad. Madrid 1979

³ Entre los años 90 y 110 de nuestra era

que Jesús critica es que con esos sacrificios se intente comprar a Dios. No encuentra Jesús gente que busque a Dios, sino comercio. La fiesta era un medio de lucro para los dirigentes. Era el gran mercado anual que comenzaba tres semanas antes de Pascua; el importe de las licencias para la instalación de los puestos comerciales revertía al sumo sacerdote. Había tiendas que pertenecían a la familia de éste. Es probable que el comercio de animales para los sacrificios estuviese en manos de la poderosa familia del sumo sacerdote Anás.

El azote, el látigo, era un símbolo proverbial para designar los dolores que inaugurarían los tiempos mesiánicos. Se representaba al Mesías con el azote en la mano para fustigar los vicios y malas prácticas. El gesto intencionado de Jesús era, pues, una señal mesiánica transparente: se revela en el templo como Mesías, respondiendo al texto de Zacarías, en que, anunciando el día del Señor, se afirma: «y ya no habrá mercaderes en el templo del Señor de los ejércitos aquel día»⁴. La manifestación de Jesús es inequívoca. El gesto de Jesús toca, por tanto, un punto neurálgico: el sistema económico del templo, con su enorme aflujo de dinero procedente de todo el mundo conocido, desde Mesopotamia hasta el occidente del Mediterráneo. El lugar donde Dios debería manifestar su gloria, su amor fiel al hombre, es un lugar de engaño y de abuso.

Los vendedores interpelados (los judíos, los jefes del templo) le exigen un prodigio que avale su misión. No reconocen a Jesús ningún derecho para actuar así. Ellos son los dueños y Jesús un rival que se ha entrometido. Ellos están acreditados por la institución misma, quieren saber quién le acredita a él. No les interesa la verdad de la denuncia, sino la legalidad de la situación, que les favorece. Pero Jesús les hace ver que sus credenciales han caducado. Las credenciales de Jesús serán: hacer presente la gloria de Dios a través de su amor. Le han pedido una señal; él les da la de su muerte, que será su máximo servicio a la humanidad y la máxima manifestación de la gloria de Dios, es decir, de la presencia de su amor; la muerte hará de él el santuario único y definitivo.

Después de la experiencia de muerte y resurrección de Jesús, los discípulos ya no asociarán directamente la escena del templo con el Antiguo Testamento. Antes habían interpretado su gesto en coherencia con el pasado («el celo por tu casa me devora»⁵), como celo por el templo material; cuando resucite, lo comprenderán como pasión, como celo por la presencia liberadora de Dios entre los hombres, que lo ha llevado hasta la muerte. Ahora, por el Espíritu Santo derramado, todo cristiano es templo de Dios por el Espíritu Santo que habita en él. Ahora mi hermano es santo y es la casa del encuentro con Dios.

⁴ Zac 14,21

⁵ Sal 69,10